ESFINGE

apuntes para un pensamiento diferente

MEDIO RECOMENDADO APENB

edición especial

Agosto 2016

FILOSOFÍA OLÍMPICA

Nueva época nº 47 - Agosto 2016

Editorial

Espíritu olímpico

Aprovechando la oportunidad que nos ofrece la celebración de la XXXI Olimpiada de la época moderna, nos ha parecido interesante invitar a nuestros lectores a examinar este fenómeno desde varias perspectivas que tienen como denominador común una nueva mirada del llamado espíritu olímpico.

Muchas cosas han cambiado desde aquellos lejanos encuentros de las ciudades de la Hélade, que suspendían sus rencillas y se enfrentaban de manera pacífica y simbólica en los estadios de Olimpia hace 2800 años. Pero otras han permanecido desde que el barón de Coubertin, hábil organizador, se afanara por recuperar el viejo espíritu, tras algún intento previo que no había llegado a calar en la opinión pública internacional, ni a concitar los apoyos necesarios para su puesta en práctica.

Este número de nuestra revista quiere contribuir a la reflexión sobre la validez hoy día de las Olimpiadas, según el modelo del mundo griego y las nuevas formas actuales. Hasta qué punto el espíritu olímpico, de superación de los propios límites, de conocimiento de uno mismo, de convivencia pacífica y sana emulación se puede detectar en los atletas de hoy, con sus plusmarcas y sus sofisticados sistemas de entrenamiento.

«Llega a ser quien eres» es la famosa frase que Píndaro, el poeta, dedicó a los atletas de los juegos píticos. Sigue siendo válida hoy día para definir el sentido que pueden tener tantos esfuerzos, tantos trabajos para disfrutar de unos segundos de gloria efímera.

El Equipo de Esfinge

Revista Esfinge
nº 47 - Agosto 2016

Mesa de Redacción:

Mª Dolores F.-Fígares,
directora
Miguel Ángel Padilla,
mesa editorial
Héctor Gil
corresponsales
Elena Sabidó,
redacción y archivo
José Burgos,
informática y diseño web
Esmeralda Merino
estilo y corrección
Lucia Prade
suscripciones y redes sociales
Tuimag Castellón
impresión y maquetación

Comité de expertos:

Mª Dolores F.-Fígares.
Periodista y Antropóloga
Manuel Ruiz. Biólogo
Juan Carlos del Río
Matemático
Javier Saura. Jurista
Sebastián Pérez. Músico
Francisco Capacete. Jurista
Cinta Barreno. Economista
Sara Ortiz Rous. Ingeniera
Miguel Ángel Padilla.
Filósofo y Coach
Francisco Iglesias. Nutricionista y
Preparador Físico

La revista Esfinge está impulsada por un equipo de personas comprometidas con el cambio que necesita la humanidad en todo el planeta. Se realiza de forma totalmente altruista por socios de:

Organización Internacional Nueva Acrópolis

Asociación UNESCO para el diálogo interreligioso

Asociación Divulgaciencia

GEA

Instituto de Artes Tristán

Red Ética Universal

Y colaboradores de varias partes del mundo desde diferentes ámbitos culturales, científicos y sociales.

www.revista-esfinge.com

Entrevista a

Domingo Ramón, el campeón de las zapatillas prestadas

Domingo Ramón Menargues fue plusmarquista de 3000 metros obstáculos. Nació en Crevillente en 1958, y participó en los Juegos de Moscú en 1980 y en los de Los Ángeles en 1984, consiguiendo diploma olímpico en ambas ocasiones. Mantuvo imbatido durante diecinueve años el récord de España de esta especialidad y fue subcampeón mundial europeo en su modalidad.

Javier Jover

Domingo Ramón fue un habitual en la selección española de atletismo de su época, y consiguió numerosas medallas a nivel europeo y mundial. Militó en diferentes clubes, como el Club Atletismo Hércules Benacantil, el Valencia Club Atletismo o el Club Atletismo Benacantil-Puerto de Alicante, consiguiendo sus mayores éxitos teniendo como entrenador a Joaquín Villar Ceniceros.

Hablar de lo que ha hecho Domingo dentro del atletismo español nos llevaría más de una entrevista por sus numerosos éxitos a lo largo de su carrera. Hoy en día sigue en forma, ya que compite en categorías de veteranos consiguiendo buenos resultados.

¿Qué supuso para ti participar en los Juegos Olímpicos de Moscú en 1980?

Dos años antes había conseguido la marca mínima para poder asistir; cada año había que renovarlo para conseguir confianza. Era un sueño lejano, quedaban dos años, pero llegó el momento. Tuvimos muchos entrenamientos y competiciones para estar preparados para aquel futuro olímpico.

En Moscú, lo viví intensamente durante doce días, como el resto de la expedición española, deportistas de todos los deportes. Para un muchacho como yo, de un pueblo pequeño como San Vicente, fue especial. En los años 80 no había en Alicante pistas de atletismo.

Para un muchacho como yo, de un pueblo pequeño como San Vicente, fue especial. En los años 80 no había en Alicante pistas de atletismo.

Estábamos en una villa olímpica que habían construido para nosotros a las afueras de Moscú. En la inauguración, era de libre elección el desfilar o no. Muchos de nosotros, como competíamos al día siguiente, decidimos no desfilar para estar más frescos y tranquilos. Yo anteponía mi estado físico y concentración a otras cosas, me gustaba estar concentrado. De hecho, de las cosas que más me cansan es estar de pie, y estar horas de pie durante un desfile no era lo mejor en aquel momento. Prefería seguir la disciplina de una vida ordenada.

¿Cuántas horas entrenabais?

En el periodo olímpico entrenábamos tres horas al día. Le dábamos más intensidad a las series, tanto largas como cortas, y le dábamos menos relevancia a la carrera continua, para conseguir un buen ánimo y condición física para competir.

También competíamos mucho antes de las Olimpiadas, para tener muy ensayado ese estado de ánimo y sana tensión de correr en competición. Participábamos tanto en competiciones locales como nacionales.

¿Qué se siente al defender a tu país en esos instantes previos al pistoletazo de salida y corriendo contra atletas que tienen mejores marcas?

Yo gané una eliminatoria y pasé a la semifinal, pero mi juventud me jugó una mala

pasada. Había sido campeón junior de Europa en el 77 e iba sin presión, pero era tanta la tranquilidad con que me tomé los juegos –cosa extraña porque yo soy muy inquieto– que todavía no me explico cómo iba tan tranquilo en la eliminatoria y en la semifinal.

Yo estaba con mi compañero Sánchez Vargas, nos llevábamos muy bien, y compartimos habitación siempre desde la época de *juniors*. Cuando llegó el día de las eliminatorias, en el túnel que da acceso a la pista donde iba a competir me di cuenta de que se me habían olvidado las zapatillas de clavos. Me las había dejado en la villa olímpica.

Me puse a buscar al juez de línea, a preguntar a todos, tratando de encontrar una solución. A esto hay que añadir que mi compañero y amigo Sánchez Vargas se había clasificado para la final, y no solo eso, había batido el récord de España de 3000 obstáculos. Lo que no era nada de presión antes, se convirtió en todo lo contrario, presión desbordada…

Y entonces apareció un atleta polaco,

Malinowski. Se enteró de lo que me pasaba y me dejó unas zapatillas de repuesto nuevas que él tenía, un número mayor que el mío, pero me sirvieron. Tengo que contar que en aquella época los atletas solo teníamos un juego de zapatillas de clavos, que se nos mojaban al saltar sobre la ría, pero al día siguiente competíamos con las zapatillas mojadas. Él, que tenía dos pares, me ofreció uno de ellos. Él quedó primero y yo segundo de nuestra semifinal. Gracias a él pude pasar a la final.

Dos días después, en la final, es cuando llegó con mayor intensidad la presión: el saber que había atletas con mejor tiempo que yo, que mi compañero había batido el récord de España, que estaba en una forma magnífica…

En la final no perdí de vista a Malinowski. Él llegó el primero y yo el cuarto, batiendo el récord de España, y mi compañero Sánchez Vargas, el quinto.

Desgraciadamente, Malinowski falleció un año después en un accidente de tráfico en Polonia. Me invitaron a ir al funeral. Me unía y me une un lazo especial con él desde aquellos juegos.

Dos años más tarde, en los campeonatos de Europa de Atenas en 1983, yo quedé tercero, el representante polaco, segundo, y el alemán, primero. En homenaje a Malinowski, le dejamos en su honor los ramos de flores de la entrega de medallas en el pódium.

¿Entiendes el espíritu olímpico como una actitud ante la vida? Esa experiencia de juego limpio, ¿ha marcado tu vida?

En aquella época los atletas solo teníamos un juego de zapatillas de clavos, que se nos mojaban al saltar sobre la ría, pero al día siguiente competíamos con las zapatillas mojadas.

Los valores que te transmite el deporte no solo lo vives en el deporte, sino que realmente tratas de llevarlo a cualquier situación de tu vida. La vida deportiva como atleta de élite (si es que queremos decirlo así) tiene una duración limitada.

El juego limpio de los Juegos Olímpicos yo siempre lo he vivido. Da lo mismo que seas de un país u otro; entre los deportistas, siempre he vivido ese respeto entre todos.

La vida no es solo correr y entrenar; la vida es eso y muchas más cosas. Es ser coherente en el deporte y en la vida normal. Se habla del espíritu olímpico o la filosofía de vida, pero es todo lo mismo. Tratas de compartir, de transmitir a los demás esas experiencias que has vivido, ver qué necesidades tienen los demás y tratar de ayudar a resolverlas. Eso lo han hecho por mí; a mí me han ayudado a resolver situaciones difíciles mi entrenador, los compañeros, los amigos, la familia. Y eso es una forma de vida muy digna.

ATLETAS FINALISTAS PORTANDO LA BANDERA
EN LAS OLIMPÍADAS MOSCÚ 80

¿Cuál fue tu experiencia cuatro años después en los Juegos de Los Ángeles?

La presión que no tuve en los de Moscú, sí la tuve aquí. Ya era un atleta conocido y se esperaba mucho del grupo de atletas que fuimos: Abascal, que fue medalla, Marín en marcha, que fue quinto, González en 1500, yo en 3000

Uno no es mejor por ganar una carrera. Uno es mejor por tener una actitud determinada ante la vida.

obstáculos y muchos más.

En Los Ángeles estaba mejor preparado. En la final, durante la carrera, en la última vuelta iba en la posición 11 y me dije: tanto entrenar, tanto esfuerzo para esto… En la última vuelta me cargué de valor y me lancé con todas mis fuerzas hacia delante. Acabé en sexta posición. El que quedó detrás de mí, el keniata Julius Kariuki, cuatro años más tarde fue campeón en Seúl, lo cual me alegró mucho.

¿Qué aprendiste de aquellas Olimpiadas?

Para mí es de las mejores carreras que he hecho en mi vida y también una en la que he aprendido mucho. Uno, en muchas ocasiones, se lo juega todo a una carrera o a una carta, pero eso no es justo, no es del todo real. Lo real es todo lo que has ido viviendo a lo largo de tu vida que te ha llevado a esa situación, a la experiencia de vida, lo que acumulas como fracasos y éxitos. Uno no es mejor por ganar una carrera. Uno es mejor por tener una actitud determinada ante la vida.

En Moscú quedé cuarto, a 6 centésimas del tercero. Yo he llegado a pensar en algún momento que me faltó experiencia, pero es difícil de describir el quedar cuarto en unos Juegos a 6 centésimas del tercero. Eso me ha enseñado que los pequeños detalles también son importantes en la vida. Todo es importante.

¿Qué haces actualmente?, ¿sigues corriendo?

Yo sin correr no sé vivir. De igual manera que mi mujer se va al gimnasio, yo necesito correr. No hace falta que sea mucho, ni en una competición, pero sí necesito correr. Es un momento en que estás contigo mismo, en tu intimidad, que te ayuda a pensar, a reflexionar. Te ayuda a encontrar cierto equilibrio, cierta paz interior.

Trabajo en el Patronato de Deportes del Ayuntamiento de San Vicente. Colaboro en los eventos deportivos de la ciudad. También voy como invitado a hablar a algunos colegios. La verdad es que soy bastante tímido, pero cuando me llaman de un colegio, no puedo dejar de ir; todo lo que pueda hacer por los niños es positivo.

Mi entrenador, Joaquín Villar, me llama todos los años el 31 de julio para felicitarme, porque es la fecha en la que conseguí el récord. Yo muchas veces no me acuerdo. Me llama y me dice: «oye, Domi, felicidades».

Huellas de Sabiduría

La música es para el alma lo que la gimnasia para el cuerpo.
Platón

Es el ejercicio lo que apoya el espíritu y mantiene con vigor la mente.
Marco Aurelio

El deporte tiene el poder de transformar el mundo. Tiene el poder de inspirar, de unir a la gente como pocas otras cosas... Tiene más capacidad que los Gobiernos para derribar las barreras sociales.
Nelson Mandela

La falta de actividad destruye la buena condición de cualquier ser humano, mientras que el movimiento y el ejercicio físico metódico la guardan y la preservan.
Platón

Es solo el ejercicio lo que mantiene el espíritu y guarda la mente y el vigor.
Cicerón

Es destacable cómo la inteligencia se ve afilada por el ejercicio físico.
Plinio el Joven

El fin principal de la gimnasia es la educación de toda la juventud y no simplemente la de esa minoría de personas favorecida por la naturaleza.
Aristóteles

Recopilado por Francisco Iglesias Buendía

El espíritu olímpico: una filosofía cargada de valores

El deporte es una actividad accesible y recomendable para todos. Tal vez por ello, la celebración de unas Olimpiadas despierta siempre tanta expectación. La Escuela del Deporte con Corazón es consciente de lo que se transmite a través de la práctica del deporte y promueve la vivencia de la actividad deportiva con «espíritu olímpico».

Ana Gálvez

Como diría Conrado Durántez: «*Si el deporte no sirve al hombre, para nada sirve*». Por eso, desde la Escuela del Deporte con Corazón somos conscientes y responsables de qué se está trasmitiendo a través de la práctica del deporte, pero también lo que se muestra en nuestras Olimpiadas Filosóficas.

Si algo he aprendido en todos estos años sobre el espíritu olímpico es que siempre subyace la superación, el esfuerzo por dar lo mejor en cada competición, ver a otro atleta no como un rival, sino como el ser que sirve de acicate para superarte a ti mismo.

Los orígenes de los Juegos Olímpicos en la Antigüedad no están en absoluto claros, ya que no hay fuentes que lo atestigüen con certeza. Ya incluso los historiadores helénicos fueron incapaces de encontrar esos inicios del rito. El primer dato seguro son los JJ.OO. del año 776 a.C., donde Corebo de Elida, cocinero en la ciudad-estado de Elis, vence en la carrera del estadio (única prueba). Después de esta primera edición, pasa a ser una fiesta cuadrienal, al igual que los JJ.OO. modernos.

Si algo he aprendido sobre el espíritu olímpico es que siempre subyace la superación, el esfuerzo por dar lo mejor en cada competición, ver a otro atleta no como un rival, sino como el ser que sirve de acicate para superarte a ti mismo.

Los festivales deportivos en la Antigüedad

Unos dos siglos después de su primera edición, se establecieron otros importantes festivales deportivos en honor a otros dioses: Juegos Píticos en honor a Apolo (hijo de Zeus), Juegos Ístmicos en honor de Poseidón (dios del mar) o los Nemeos. La gran ambición de los atletas griegos era obtener la victoria en cada uno de los juegos disputados.

Unos cuantos siglos han pasado desde aquellas primeras Olimpiadas en Grecia, pero volver a rescatarlas con su espíritu inicial hace que los atletas se sientan felices y dispuestos, sonrientes y a la vez nerviosos porque van a demostrar que la constancia y la perseverancia de sus entrenamientos van a tener pronto sus frutos.

Ya lo dijo el barón Pierre de Coubertin en 1908 durante los Juegos de Londres:

«*Lo más importante en los Juegos Olímpicos no es ganar sino participar, de la misma forma que lo más importante en la vida no es el triunfo, sino el esfuerzo. Lo esencial no es haber conquistado, sino haber luchado bien*».

Algo que también conmueve el alma es ver llegar la antorcha olímpica portada por los atletas que en las pasadas Olimpiadas obtuvieron más medallas en su medallero. Es una reminiscencia de los Juegos Olímpicos de la Antigüedad y su espíritu. Se enciende con los primeros rayos del sol del solsticio de verano y es custodiada por los

atletas hasta que comienzan las Olimpiadas. Ver encender el Fuego Olímpico todos juntos es una experiencia que queda grabada en el corazón y que te recuerda que tú también tienes parte de ese fuego en tu interior, es el entusiasmo que hace que todas tus acciones tengan un calor especial.

Lo más importante en la vida no es el triunfo, sino el esfuerzo. Lo esencial no es haber conquistado, sino haber luchado bien.

Citius, Altius, Fortius

No podemos olvidarnos del lema olímpico: «*Citius, Altius, Fortius*» (más rápido, más alto, más fuerte), frase adoptada también por Coubertin tras oírla a su amigo, el dominico Henri Martin Didon, y que simboliza la lucha del ser humano por mejorar.

«*El olimpismo es una filosofía de vida, que exalta y combina en un conjunto armónico las cualidades del cuerpo, la voluntad y el espíritu. Aliando el deporte con la cultura y la educación, el olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor educativo del buen ejemplo y el respeto por los principios éticos fundamentales universales*».

Pierre de Coubertin, precursor de la filosofía del olimpismo, enfatizó los valores de igualdad, justicia, imparcialidad, respeto a las personas, racionalidad, entendimiento, autonomía y excelencia, como paradigma del movimiento olímpico.

El olimpismo es una filosofía de vida, que exalta y combina en un conjunto armónico las cualidades del cuerpo, la voluntad y el espíritu.

Como vemos, muchos valores se entrelazan para formar parte de una única filosofía, de una forma de vida, de la búsqueda de un objetivo. Muchas veces no importa cuál es el reto sino la manera de afrontarlo, la confianza y seguridad que se deposita en uno mismo para continuar trabajando a la vez que se disfruta de lo que se hace.

Muchas veces, participar en unas Olimpiadas es la consecuencia de la práctica de estos valores. Esta participación se convierte, en sí misma, en un éxito personal y deportivo, a veces independiente del resultado. Formar parte de esta celebración es una oportunidad para aprender, una experiencia única que acompaña a lo largo de la vida, y que anima a afrontar nuevos retos.

Los valores olímpicos pueden estar presentes en todos nosotros, en cada persona, deportista o no. Estarán presentes siempre que tengamos la seguridad de que –dando los pasos adecuados, esforzándonos, siendo constantes, respetando a quien nos rodea y superando las dificultades– llegaremos a donde queremos estar, haciéndonos responsables en todo momento de cada decisión que tomemos.

Entrevista a

Conrado Durántez, el olimpismo está vivo

Conrado Durántez Corral es magistrado y doctor en Historia, presidente de la Academia Olímpica Española, de la Asociación Panibérica de Academias Olímpicas, de la Academia Olímpica de ACNO (Asociación Mundial de Comités Olímpicos), del Comité Español Pierre de Coubertin y de la Asociación Española de Filatelia Olímpica. Es también miembro de la Comisión de Cultura del Comité Olímpico Internacional. Su experiencia como atleta en la especialidad de lanzamiento de disco y su actividad como escritor le convierten en una autoridad sobre la filosofía y la historia del olimpismo.

Fco. Iglesias

Del campo de la competición deportiva, en donde durante años ostentó el récord del norte de lanzamiento de disco y estuvo preseleccionado en esta especialidad para los Juegos Olímpicos de Roma, pasó al terreno de la investigación en 1961, cuando fue designado representante oficial por el Comité Olímpico Español para asistir en Olimpia a la fundación de la Academia Olímpica Internacional.

Desde entonces ha publicado veintiocho obras sobre la temática olímpica y, especialmente, sobre la filosofía y la historia del olimpismo, destacando entre otras, *Olimpia y los Juegos Olímpicos Antiguos* (2 volúmenes, Madrid, 1976), *Las bellas artes y los Juegos Olímpicos* (2 volúmenes en español, francés e inglés, Lausana, 1992), *Los vencedores olímpicos* (en español, francés, inglés y alemán, Pamplona, 1993), *Pierre de Coubertin, el humanista olímpico* (en español, francés e inglés, Lausana, 1994) y *El olimpismo moderno y su filosofía. El ideario* (en español, francés e inglés, Madrid, 2004).

Es doctor *honoris causa* por varias universidades americanas (Estados Unidos y Cuba entre otros) y tiene en su haber, entre otras distinciones, las concedidas por el Comité Olímpico Internacional (Orden Olímpica, Orden Pierre de Coubertin y Trofeo Deporte y Educación), así como la Medalla de Oro de la Real Orden del Mérito Deportivo de España.

Ha publicado veintiocho obras sobre la temática olímpica y, especialmente, sobre la filosofía y la historia del olimpismo.

¿Cómo surge la idea del olimpismo, de la filosofía olímpica?

Surge para mantener los ideales que impulsan el gran movimiento olímpico. Es un tema tan antiguo como los Juegos mismos, decía Carl Diem, el famoso impulsor de la Academia Olímpica y creador de la ceremonia del fuego olímpico en los Juegos modernos. Dijo en la ceremonia inaugural de la Academia Olímpica en Olimpia, en el año 1961, que cuando en Olimpia se iniciaron los Juegos, los griegos se dieron cuenta de que aquello era una gran institución con una enorme trascendencia social y religiosa, y con un ideario muy claro. Para preservar aquella gran institución de carácter agonal y su ideario, crean una casta sacerdotal, los *nomofilacos*, los amigos de las leyes, o guardadores de las leyes, y antes de los Juegos, instruían a los dirigentes de los mismos o *hellanodikas* acerca del sentido y finalidad que tenían (carácter litúrgico y agonal). Y ese es el origen, básicamente, de la filosofía olímpica.

Si damos un salto de siglos hasta nuestros tiempos, nos damos cuenta de que ahora más que nunca hace falta la filosofía olímpica, porque los intereses comerciales están tergiversando y estropeando todo, no solo ya lo que es el

olimpismo en sí, sino el deporte, que es la base. Del origen de este término, «deporte», el cual explica magistralmente Ortega y Gasset, a lo que hoy en día se llama deporte, hay un salto tremendo, hasta el punto de que el 90% de las actividades denominadas hoy deportivas no son deporte; son espectáculos, muy respetables, pero no son deporte.

Usted es el primer presidente de la

Academia Olímpica Española…

Yo fui en el año 1961 a Olimpia, ya que en España se recibió una invitación en el Comité Olímpico Español para enviar a un estudiante a la primera sesión y creación de una «cosa» que se llamaba la Academia Olímpica Internacional, y que nadie sabía muy bien lo que era… ni yo tampoco. En aquel año yo había quedado subcampeón de España de lanzamiento de disco y estaba preparando las oposiciones para juez, y el presidente de la Federación Gallega de Atletismo les habló de mí (seguramente atribuyéndome virtudes que no tenía); el caso es que me eligieron para acudir a Olimpia.

Cuando llegué, fue como si llegase a Marte: en aquellos tiempos, en España se viajaba

Ahora más que nunca hace falta la filosofía olímpica, porque los intereses comerciales están tergiversando y estropeando todo.

poco en general, y cuando llegué a Olimpia, fue un impacto tremendo. Desde aquel momento no he dejado de estudiar y trabajar en la filosofía olímpica, en el olimpismo. Todos los días se aprenden cosas nuevas, porque este es un fenómeno muy complejo y muy rico, humanísticamente hablando. También se observan elementos negativos, que vienen a ser las adherencias que no son el olimpismo, pero que intentan y han intentado aprovecharse de él.

Estamos en el tercer milenio, el tema tiene una gran historia, y nunca he dejado de estudiar el tema olímpico ni de estar pendiente de él.

A partir de ese año 1961 y de esa primera ceremonia inaugural de la Academia Olímpica Internacional, fui sistemáticamente invitado cada año. En 1964 propuse a los griegos que invitasen a dar una conferencia a mi gran amigo José María Cagigal, gran humanista y pedagogo que quedó profundamente impresionado con la Academia Olímpica Internacional, hasta el punto que decidimos hacer algo similar en España. Ahí nació la idea de la Academia Olímpica Española (AOE), que se acabó de plasmar el 25 de noviembre del año 1968 en el INEF de Madrid, con la presencia de D. Juan Antonio Samaranch, y desde entonces hemos seguido funcionando hasta ahora.

Conocí a Cagigal en el año 1962 con motivo de los Juegos Iberoamericanos. Por aquel entonces, mi mentor, D. Manuel Fraga (que se llamaba igual que el político), presidente de la Federación Gallega de Atletismo, me pidió que fuese el jefe del equipo de atletismo, y en una de las veladas nocturnas que se celebraron, donde algunos de los participantes salían y nos deleitaban con alguna habilidad particular, de repente salió un señor calvo, con aspecto señorial muy serio, que cantó *Los remeros del Volga*, y era Cagigal. Me lo presentaron e inmediatamente hicimos una gran amistad. Me dedicó uno de sus libros, que era *Hombres y deporte*. Yo, por aquel entonces, no sabía nada de nada de estos temas; ni siquiera sabía quién era Pierre de Coubertin. A partir de ahí comenzamos a trabajar juntos en la difusión del olimpismo.

¿Qué sintió usted la primera vez que visitó Olimpia?

El impacto fue tremendo al ver Olimpia y la grandiosidad de sus ruinas, ya que impresiona más al saber lo que ha desaparecido.

Yo llegué allí en unas circunstancias un tanto peculiares, porque aquí, en España, éramos o somos un tanto peculiares, hasta el punto de que no contestaron ninguna de las cartas recibidas de la futura Academia Olímpica Internacional, y en el último momento decidieron que fuese yo. Los griegos ya no me esperaban, y cuando llegué a Atenas, me encontré que no había nadie esperándome y además me habían perdido la maleta…

Me alojé donde buenamente pude (no estaba demasiado fuerte en idiomas). Al día siguiente cogí un tren y llegué a Olimpia en unas circunstancias bastante calamitosas. Cuando a la mañana siguiente desperté en la tienda de campaña donde me alojaron, estaba con dos atletas olímpicos, y al salir, el impacto fue tremendo al ver Olimpia y la grandiosidad de sus ruinas con el esquematismo mínimo que tienen hoy día, ya que impresiona más al saber lo que ha desaparecido en comparación a lo que queda hoy en día.

Pensar sobre la huella moral que tenía

aquella institución es lo que más me impresionó. Fue tal el impacto que recibí que, a partir de ese día, el Comité Olímpico Español, al ver la enorme ilusión que tenía, me mandaba todos los años a mí.

¿Alguna anécdota para compartir?

Pues como algo curioso, yo llevaba en la maleta una botella de coñac, pero me perdieron la maleta y llegué a Olimpia con lo puesto. Había participantes iberoamericanos que estudiaban en

la Escuela de Deportes de Colonia que dirigía Carl Diem, y para darle internacionalidad al tema, Carl Diem los invitó a asistir al evento. Estábamos representados veinticuatro países, pero solo cuatro habían enviado a sus representantes a través de sus respectivos Comités Olímpicos. El resto los llevó Carl Diem. Recuerdo que había de Argentina, México, Uruguay y Chile. Al hablar todos español, tuvieron la amabilidad de prestarme ropa mientras llegaba mi maleta, y al llegar la maleta, quise invitarlos a tomar una copa de coñac. Le dimos la botella a un griego para que nos la abriese, y la abrió, ¡vaya que si la abrió!... Comenzó a golpearla contra una superficie dura para que saliese el tapón y... lo que salió fue todo el líquido al romper la botella en pedacitos. Y nuestras esperanzas de tomar un reconfortante coñac se esfumaron como el líquido en la tierra de Olimpia.

¿Cuál es el principal objetivo de la Academia Olímpica Española?

Una Academia Olímpica es una escuela de olimpismo, de filosofía olímpica, y mucha gente lo

La no discriminación, la búsqueda de la paz, la mejora psicofísica del ser humano través del deporte… eso es el olimpismo.

confunde con el deporte de alta competición, hasta tal punto que algunos incluso llegan a decir que el olimpismo es una filosofía trasnochada, romántica. Esta filosofía está igual de fresca y perenne que cuando Pierre de Coubertin la rescató de las fauces del tiempo con sus ideas eternas: la no discriminación, la búsqueda de la paz, la mejora psicofísica del ser humano través del deporte… eso es el olimpismo.

La Academia Olímpica es la institución de las tres «des»: Difundir, Defender y Denunciar. O sea, difundir los principios olímpicos, defender estos principios y denunciar todas las presiones mercantilistas, políticas, etc., que van contra el olimpismo. Yo siempre digo que el olimpismo es como una hermosa ternera que está en un prado y le vienen a picar todo tipo de garrapatas para sacarle la sangre. ¿Y qué representan esos bichos? Pues los boicots, el terrorismo, las presiones políticas, el mercantilismo excesivo, la explotación humana a través del deporte, que está ahí… Precisamente la Carta Olímpica dice que el deporte ha de estar siempre al servicio del hombre, y hoy vemos cómo en muchos casos es el hombre el que está al servicio del deporte, por intereses económicos principalmente. Hay miles de deportistas a los que se les encumbra para hacer una especialidad de malabaristas de circo, y cuando no pueden hacerla, se les abandona y se les deja «en la calle». Aquí, en España, mi buen amigo y paisano Alejandro Blanco ha creado la Oficina de Atención al Deportista, para aconsejarles, instruirles y dirigirles durante su vida deportiva, y para que después tengan un hueco digno en la sociedad. Hay una película de los años 40 que se llama *Juguetes rotos*, donde aparecían los grandes campeones españoles en su etapa postdeportiva… Uno barriendo parques, el otro pidiendo limosna, etc. Se trata de darles salidas dignas para después de su vida deportiva.

La tarea de la Academia Olímpica es enorme, y cada día aparecen más dificultades, y a eso hay que añadir que la presión comercial es enorme. Como decían algunos atletas norteamericanos, «Nosotros no somos caballos de carreras», porque se les obligaba a competir de madrugada por los derechos de televisión.

Hippias, filósofo griego, desde el 776 a.C. comienza a llevar un registro de los campeones olímpicos, y es una lista muy exacta.

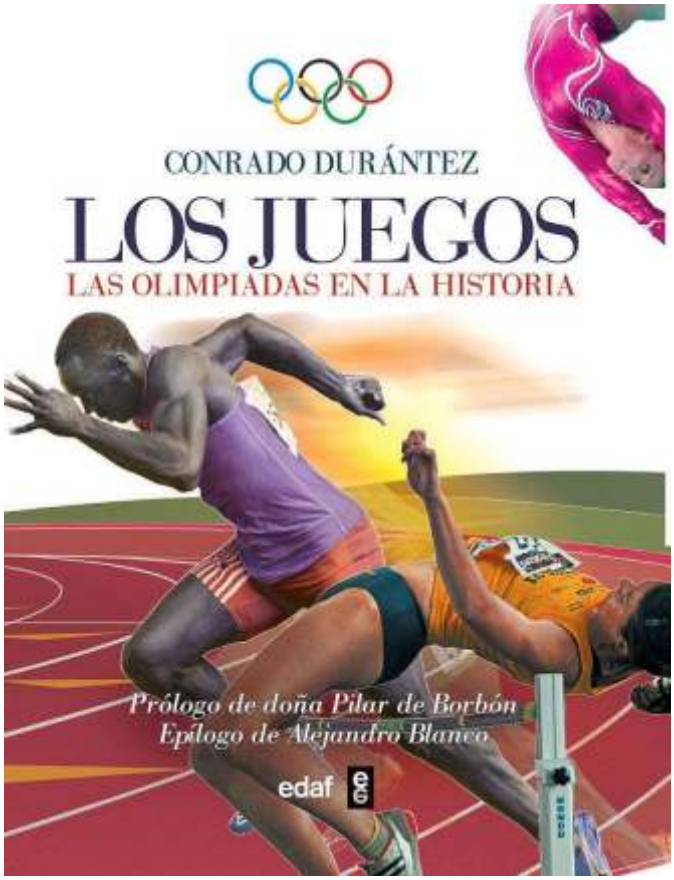
Resumiendo: hay mucho trabajo por hacer.

Pregunta obligada, D. Conrado: el zika, ¿puede retrasar o impedir la celebración de los Juegos?

Creo que no. Creo que se está dando demasiada importancia al zika, y no acabo de entender el porqué de esta información-miedo tan desmesurada… Hay que tomar las precauciones necesarias y es suficiente. Precaución, sí; terror, no. Es mucho más preocupante la extrema pobreza de mucha población del país y la violencia que este tema del zika.

¿Su próximo libro?

Estoy en ello. Se va a llamar *Teodosio I el Grande y los Juegos de Olimpia*. Hay una idea generalizada, y es la de que Teodosio I suprimió los Juegos de Olimpia, y en el libro voy a demostrar que no los suprimió. Todos los textos que hablan de esa supresión se basan en los escritos de un



monje del siglo XI, Jorge Cedreno, donde habla de esa supresión. Como el texto está en griego clásico, acudí a un especialista y descubrí que en el párrafo de seis líneas donde supuestamente habla de esa supresión, hay cinco errores graves de traducción: Teodosio I el Grande, en el año 392 decretó con un edicto la supresión de todas las ceremonias «paganas». Y respecto a los Juegos de Olimpia, lo que hizo, más bien, fue certificar su defunción. Ochenta años antes de nacer Teodosio, ya no se llevaba la cronología de los campeones olímpicos ni las fechas de celebración de los Juegos. Hippias, un filósofo griego, desde el 776 a.C., comienza a llevar un registro de los campeones olímpicos, lista continuada posteriormente por otros filósofos e historiadores, y es una lista muy exacta. Así que, desde ochenta años antes del nacimiento de Teodosio, ya no consta esta cronología. Como dijo Paleologos, lo que hizo Teodosio fue «firmar la defunción de un cadáver ya muerto».

¿Y sobre el origen de los Juegos?

Los Juegos tienen algo misterioso, y es que el origen exacto se desconoce, más allá de las múltiples teorías que hay al respecto. El origen de la Tregua o Ekekheria nos lleva al 884, cuando Ifito, Cleóstenes y Licurgo firman el acuerdo de paz alrededor de los Juegos, lo que indica que ya había Juegos. ¿El origen exacto? Es desconocido, no tenemos constancia histórica de ello, pero había Juegos. Lo que no sabemos es la periodicidad, pero claro que había Juegos… Digamos que los Juegos de Olimpia tuvieron un inicio incierto y un incierto final, no sabemos ni cómo empezaron ni cómo acabaron con exactitud. Fueron unos ideales renovados, que este gran hombre, Pierre de Coubertin, rescató y transmitió para la posteridad.

El deporte es neutro, no da valores; puede ser una correa transmisora de valores o de antivalores, según se use.

¿Practica algún deporte?

Yo estuve preseleccionado para los Juegos de Roma en el año 60 en lanzamiento de disco, lo que sucedió es que tuve que elegir entre concentrarme con el equipo o concentrarme en los exámenes para juez, final de carrera… Elegí la carrera y ¡acerté!

He jugado a baloncesto, voleibol, balonmano, natación, tiro, etc. Digamos que lo que más practiqué fue el atletismo. Actualmente corro un poquito por ahí (los años pesan), e intento llevar una vida sana.

¿Sigue usted pensando que esta filosofía olímpica puede mejorar el mundo?

Lo que pasa es que para que una cosa pueda tener vigencia, hay que conocerla, y ahora, por ejemplo, están con un sistema con el que soy un poco crítico, que es el tema de los valores del deporte… Eso es un error: el deporte no da

valores, el deporte es neutro, los valores los da la familia. Yo siempre digo que nosotros somos lo que «absorbemos» en casa… y en esta sociedad nos estamos quedando sin valores. Nos han insuflado a través del trasto televisivo esa cultura norteamericana que no es nuestra cultura, y además el mercantilismo está haciendo *tabula rasa* con todo y todos. La familia está en crisis, se sustituye el matrimonio por el «arrimonio» y así es muy difícil transmitir valores a los hijos. El deporte es neutro, no da valores; se puede usar como correa transmisora de valores o de antivalores, según se use.

En los años setenta, había algunos entrenadores de fútbol americano que enseñaban a lesionar gravemente a los contrarios y, obviamente, esto también era llamado deporte,

La tregua olímpica funcionó durante más de mil años. Y en los tiempos modernos, Juan Antonio Samaranch logró que se volviera a firmar por todos los países participantes antes de los Juegos de Nagano.

pero ¿qué valores se transmitían? En este tema de la filosofía olímpica, pues, conviene difundirla, pero para ello hay que conocerla. ¿Cómo se puede difundir? A través de las Academias Olímpicas, que hay 137 en todo el mundo, de las cuales no funcionan ni 40 como es debido. Tengo que decir que la española ha sido varias veces premiada porque es la que más trabaja del mundo. Hay muchas Academias que son solo nominativas, que un día al año hacen una actividad y ya no hacen nada más hasta el siguiente año… y además la actividad puede ser una carrera, que no tiene mucho que ver con la finalidad de las Academias, que es la historia y la filosofía del olimpismo; el deporte es otra cosa. La filosofía olímpica es muy importante, pero hay que difundirla para que modifique el mundo, y en esa lucha estamos.

La Tregua Olímpica, ¿un sueño imposible?

Es un sueño hecho realidad. Desde el 884 a.C. funcionó durante más de mil años y en solo tres o cuatro ocasiones se rompió la tregua. Y en los tiempos modernos, nuestro compatriota y gran amigo Juan Antonio Samaranch logró que se volviera a firmar por todos los países participantes

El deporte es una preparación para la vida, porque nos enseña a saber ganar y a saber perder, para superarnos y mejorar como seres humanos.

antes de los Juegos de Nagano. En aquellos días, el señor Clinton tuvo sus devaneos eróticos con la Srta. Lewinsky, y como consecuencia, tuvo unos índices bajísimos de popularidad en EE.UU. Para desviar la atención, se les ocurrió atacar a Sadam Husein… Interviene la diplomacia y el señor Clinton decide aplazar el ataque hasta después de los Juegos. Al finalizar los Juegos, el tema se había enfriado debido también a multitudinarias manifestaciones en las universidades estadounidenses protestando por una guerra, como todas, injusta. Esta fue la primera vez que la tregua olímpica pudo detener una guerra inminente, por un tiempo…

La tregua tiene su efecto, porque ese ambiente pacificador se nota. Después tenemos los intereses bastardos de algunos políticos, sus intereses inconfesables, etc., pero la tregua tiene un impacto real, no es una utopía, tiene muchísimo apoyo moral en el mundo.

¿Algunas palabras para los integrantes de la Escuela del Deporte en todo el mundo?

Que difundan y defiendan el verdadero deporte. El deporte en la vida nunca debe ser un fin, sino un medio, un medio magnífico para la mejora psicofísica del ser humano. El medio más barato y el mejor. Y es una preparación para la vida, porque nos enseña a saber ganar y a saber perder, porque si cuando somos derrotados en la vida, usamos esa derrota como trampolín para superarnos y mejorar como seres humanos, esa derrota ya no es tal. El «talante deportivo» para la vida diaria es muy recomendable.

Conrado Durántez con Jesse Owens

La filosofía del olimpismo

El Movimiento Olímpico, como una de las grandes tendencias asociativas de la humanidad, es considerado como el conjunto de entidades, organismos, instituciones y personas que acatan la Carta Olímpica. En esta y en sus Principios Fundamentales se establece que el Movimiento Olímpico agrupa bajo la autoridad suprema del Comité Olímpico Internacional (COI) a organizaciones, atletas y otras personas que aceptan guiarse por las disposiciones de la Carta.

Conrado Durántez

El criterio de pertenencia al Movimiento Olímpico es el reconocimiento del COI. La organización y la gestión del deporte deben ser controladas por los organismos deportivos independientes reconocidos como tales. En razón de ello, el Movimiento Olímpico tiene por objetivo contribuir a la construcción de un mundo mejor y más pacífico, educando a la juventud a través del deporte practicado sin discriminaciones de ninguna clase y dentro del espíritu olímpico que exige comprensión mutua, espíritu de amistad, solidaridad y *fair play*.

En consonancia con lo expuesto, los integrantes del Movimiento Olímpico, que voluntariamente se someten a los mandatos jurídicos y morales que la Carta contiene, aceptan estar integrados de diversa forma y circunstancias o son partícipes directa o indirectamente del olimpismo.

Pero ¿qué es el olimpismo moderno? Para su fundador, Pierre de Coubertin, el olimpismo «no es un sistema sino un estado de espíritu, estado de espíritu imbuido de un doble culto, el del esfuerzo y el de la euritmia». La pasión por el exceso y la medida combinados. En 1908 Coubertin concreta de una forma más esquemática su concepción del olimpismo, cuando lo considera como «una doctrina de la fraternidad entre el cuerpo y el espíritu»; y en 1920, recreándose ante el triunfo de su idea y de la solidez adquirida por el olimpismo superador de tantos avatares históricos, exclama: «El olimpismo es una gran maquinaria silenciosa cuyas ruedas no rechinan y cuyo movimiento no cesa nunca a pesar de los puñados de arena que algunos lanzan contra ella con tanta perseverancia como falta de éxito para tratar de impedir su funcionamiento».

El Movimiento Olímpico tiene por objetivo contribuir a la construcción de un mundo mejor y más pacífico, educando a la juventud a través del deporte practicado sin discriminaciones de ninguna clase.

Filosofía de vida en la Carta Olímpica

Hoy día la Carta Olímpica considera el olimpismo como una filosofía de vida que exalta y combina en su conjunto armónico las cualidades del cuerpo, la voluntad y el espíritu. Al asociar el deporte con la cultura y la educación, el olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor educativo del buen ejemplo y el respeto por los principios éticos fundamentales universales. Es por ello por lo que el objetivo del olimpismo es poner siempre el deporte al servicio del desarrollo armónico del hombre con el fin de favorecer el establecimiento de una sociedad pacífica y comprometida con el mantenimiento de la dignidad humana. Para ello, el Movimiento Olímpico lleva a cabo, solo o en cooperación con otros organismos y dentro de sus posibilidades, acciones a favor de la paz.

Ha habido sobre el término concepciones erróneas que han considerado al olimpismo como «deporte más cultura», cuando el deporte, si participa de la esencia específica que le es propia, ya es en sí cultura e instrumento generador de

cultura, como así lo concibieron, entre otros, Ortega y Gasset (la cultura no es hija del trabajo sino del deporte) y Johan Huizinga, cuando en 1938 afirmaba categóricamente: las culturas nacen en forma de juego. El juego está presente en el origen de toda cultura. El hombre crea fundamentalmente jugando.

Sintetizando las versiones que anteceden, se puede considerar el olimpismo como una filofosía de la vida, que utiliza al deporte como correa transmisora de sus principios fundamentales formativos, pacifistas, democráticos, humanitarios, culturales y ecologistas.

El olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor educativo del buen ejemplo y el respeto por los principios éticos fundamentales universales.

El olimpismo como filosofía

En primer lugar, el olimpismo es una filosofía. La carga semántica del concepto equivale a «amor a la sabiduría». La escuela de los filósofos en el mundo griego, fue contrapuesta y ulterior a la de los sofistas, quienes pomposamente se intitulaban *sofos*=sabio o «el que sabe». Su predicamento e influencia social fueron grandes y Protágoras de Abdera (485-410) fue quien primero se intituló sofista, siendo también y en definitiva el creador del humanismo con su célebre frase «*El hombre es la medida de todas las cosas*».

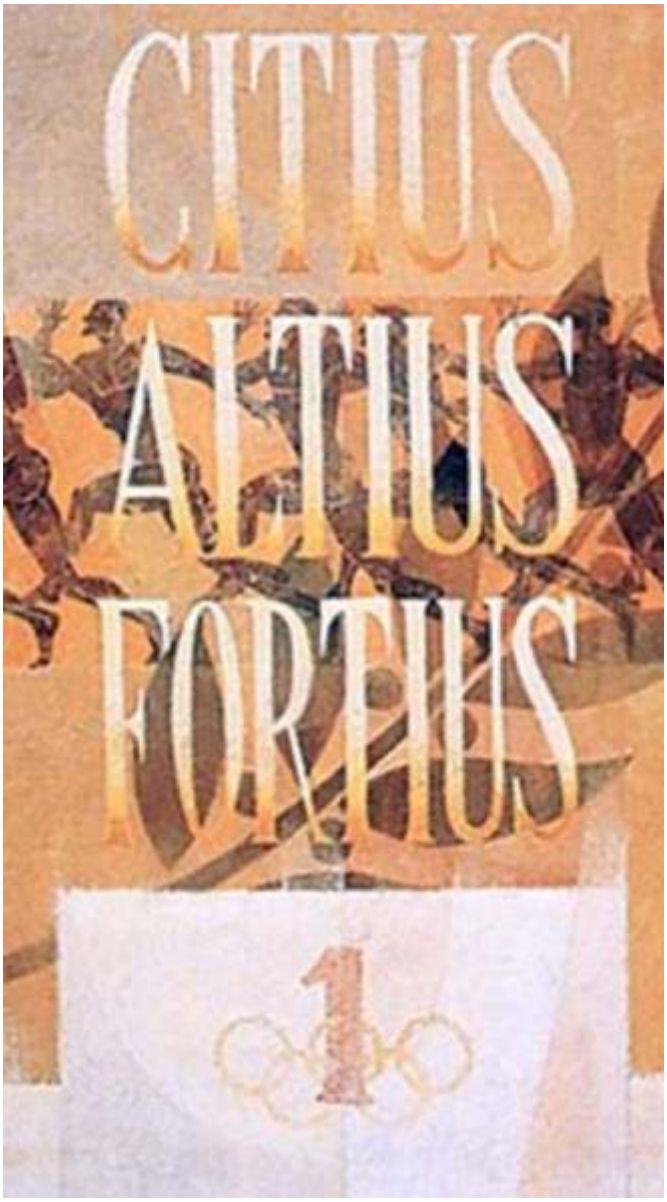
Pero Sócrates (470-439) y Platón (427-347) combatieron sañudamente a los sofistas, bajo la acusación de que la sabiduría no se enseñaba, sino que, por el contrario, se generaba paulatinamente a nivel personal. La repercusión social de tal campaña deterioró a tal extremo la imagen del sofista que, en pleno siglo IV y a partir de entonces, la función adquiere una connotación netamente peyorativa.

Por el contrario, los filósofos como colegio o escuela comprometidos con la permanente búsqueda de la verdad y del saber, tienen su origen histórico en Pitágoras de Samos (570-497), el genial creador de la teoría de los números como esencia de todas las cosas.

Él fue quien, por primera vez, se intituló filósofo, y cuando el tirano de Fiunte, intrigado por el significado del enigmático concepto le preguntó por su esencia y cometidos, fue cuando Pitágoras, a modo de parábola, le da una explicación eminentemente olímpica: «La vida de los hombres –dijo– le parecía semejante a una aglomeración de gentes como las que se reunían en la convocatoria de los mayores juegos y con la renombrada asistencia de toda Grecia. Pues allí los unos acudían, con sus cuerpos bien entrenados, para conquistar la gloria y el honor de la corona, otros se congregaban para vender y comprar con afán y ánimo de lucro, y había también otra clase de individuos, y estos eran los más ingeniosos, que no iban en pos del aplauso ni de la ganancia, sino que se presentaban allí tan solo para mirar y observar vigilantemente lo que allí se hacía y cómo. ...Y estos, se llamaron amantes de la sabiduría , es decir filósofos, y así como lo más noble es ir allí sin comprar nada, así en la vida la contemplación y el conocimiento superan en mucho a todos los otros afanes».

Como consecuencia y corolario de lo expuesto, el olimpismo es una filosofía de la vida, es decir, un entendimiento sabio de la existencia del ser humano a la que se pretende elevar y dignificar.

El olimpismo es una filosofía de la vida, es decir, un entendimiento sabio de la existencia del ser humano a la que se pretende elevar y dignificar.



La importancia de Olimpia en la obra de Juliano

Juliano no mencionó en ninguno de sus discursos, tratados o cartas cómo afectaría el Edicto de Restitución a ninguno de los templos y santuarios más destacados del mundo griego, ni ningún lugar de culto en concreto. Por tanto, nunca mencionó qué papel desempeñaría Olimpia dentro del programa que había diseñado y cuya ejecución quedó truncada por la brevedad de su gobierno.

Alberto Aragón Pérez
Centro de Estudios Olímpicos J.A. Samaranch
Fundación Barcelona Olímpica

Ninguna información directa, ni siquiera un mínimo apunte sobre si este santuario o algún otro lugar sería un punto destacado para la organización de la nueva Iglesia pagana. Sin embargo, es de destacar que las alusiones a Olimpia a lo largo de la obra literaria de Juliano son relativamente numerosas. No hay ningún otro lugar de culto que reciba tantas menciones. Todas ellas se refieren a distintos aspectos del santuario, tanto a edificios que allí se podían visitar como a su actividad religiosa. Y especialmente a la vida atlética y agonística que albergaba.

Parte de esas referencias ya han sido mencionadas anteriormente, como la comparación de Constantino II con un *olympionikes,* un recurso empleado en ese panegírico. Con esta cantidad de alusiones, se puede deducir que en la profunda y amplia formación intelectual y filosófica en que nuestro protagonista se había educado Olimpia había sido una referencia destacada que asimiló y reflejó en sus escritos, y consecuentemente también debió de merecer una atención más que importante en su programa de restitución. Una característica destacada en todas las veces que cita Olimpia es que rodea el término de un aura de sacralidad notable. Este enclave sacro de la Élide aparece como un lugar de un prestigio altísimo, igual que todo lo que estuviera relacionado con él.

Las alusiones a Olimpia a lo largo de la obra literaria de Juliano son relativamente numerosas. No hay ningún otro lugar de culto que reciba tantas menciones.

Un buen ejemplo de la autoridad que Juliano otorgaba al nombre de Olimpia es la utilización, en varias ocasiones, de metáforas y símiles en los que una situación o alguien se compara positivamente con algún aspecto del santuario, normalmente del ámbito atlético. En su tratado *Sobre la realeza* emite un elogio sobre la virtud, una de las mayores cualidades que alguien puede poseer porque es la única marca de nobleza frente a la riqueza y linaje heredados de los padres y antepasados. Y enumera todas las gestas que se han podido alcanzar en una familia ilustre, sin significar por ello que un descendiente posea automáticamente la virtud que permitió alcanzarlas. Alguien puede resultar malvado o innoble aunque sus progenitores «*tuvieran una riqueza de diez mil talentos, ni aunque contaran entre sus antepasados veinte príncipes o, por Zeus, incluso veinte tiranos, ni aunque hubieran resultado vencedores en los Juegos Olímpicos o Píticos o en lucha contra los enemigos, victorias que, naturalmente, son mucho más brillantes que aquellas y pudieran mostrarlas en mayor número que el primer César*».

La hazaña de vencer en los festivales de Olimpia

Para reforzar su planteamiento, Juliano exagera y presenta un cúmulo de las máximas hazañas imaginables: una inmensa fortuna, tener

un árbol genealógico con decenas de príncipes o conseguir triunfos militares comparables a los de Julio César. Y junto a estos brillantísimos honores y cargos, prácticamente restringidos a un miembro de una dinastía imperial, Juliano colocaba la hazaña de ser vencedor en los festivales agonísticos de Olimpia o Delfos. Es evidente el enorme valor y prestigio que según él suponía ceñirse la corona sagrada de olivo o de laurel. Aparte del valor que tiene este comentario para comprender mejor su ideología y su forma de pensar, estamos ante la evidencia de que está situando al mismo nivel los triunfos de un emperador con la victoria olímpica. Como un pequeño apunte, cabe destacar que invoca a Zeus poco antes de citar Olimpia.

En el discurso *Contra el cínico Heraclio*,

Juliano presenta un cúmulo de las máximas hazañas imaginables, y junto a estos brillantísimos honores coloca la hazaña de ser vencedor en los festivales agonísticos de Olimpia.

donde expone su profundo malestar hacia el comportamiento y los postulados de los cínicos contemporáneos, realiza sin embargo un extenso reconocimiento hacia los primeros y, según él, auténticos representantes de la filosofía cínica. Diógenes y su discípulo Crates, del siglo IV a.C. creían y respetaban intensamente a los dioses, mientras que Juliano achaca a los cínicos contemporáneos una preocupante ausencia de fe en ellos. Diógenes, que admiraba la filosofía de Platón, era para Juliano el modelo perfecto de hombre piadoso, así que son frecuentes a lo largo de la obra la cita de ciertos momentos en los que mostró su piedad y, por consiguiente, deja en evidencia a los herederos de la corriente cínica.

Y varios de esos momentos son escogidos por Juliano con relación a Olimpia. De ese modo,

ponía como ejemplo de religiosidad especialmente intensa la asistencia a este santuario. En el siguiente fragmento, desarrolla las razones de que Diógenes fuera hacia allí, demostrando cómo la religión le movió a ser un peregrino en Olimpia. Una gran fe, según el texto, se ha de corresponder con un centro de culto de tamaño semejante, y este es Olimpia:

«*Cómo se comportó, pues, este Diógenes con respecto a las cosas humanas y divinas (…) ¿Por qué, por Zeus, fue a Olimpia? ¿Para ver a los competidores? ¿Cómo es posible? ¿No podía verlos sin problemas en los Juegos Ístmicos o en los Panatenaicos? ¿Acaso quería encontrarse allí con los griegos más ilustres? Pues ¿no frecuentaban también el Istmo? No se podría encontrar otra causa que el culto al dios. Y no le atemoriza el rayo, como tampoco me asusta a mí, que, por los dioses, en numerosas ocasiones he consultado los signos celestes (…) Diógenes, pobre y desprovisto de riquezas, marchó a Olimpia y mandó venir a su lado a Alejandro, si hay que fiarse de Dión. Así creyó que a él le convenía frecuentar los santuarios de los dioses y al rey más importante de su época le convenía su propia compañía (…) No solo en sus palabras fue Diógenes piadoso, sino también en sus actos*».

Olimpia, centro sagrado

Olimpia sin su componente sagrado no tendría valor, y una competición gozaba de enorme sacralidad porque se hacía para Zeus y para los dioses.

No es por la celebración de *agones*, que también ocurren en otros santuarios. Ni por la sacralidad de estos que, aunque grande, no es comparable a Olimpia. Con esta reflexión, escrita por Juliano cuando ya era emperador y por tanto cuando el Edicto de Restitución comenzaba a ser una realidad, puso de manifiesto con impecable claridad que Olimpia era centro religioso de primer orden para la heterogénea religión griega, y que así quería que siguiera siendo después de su Edicto con el que buscaba unificar en doctrina y funcionamiento el paganismo. «*El culto al dios*» era tan importante en este santuario que un prototipo de religiosidad como Diógenes prefería marchar allí que a cualquier otro lugar sagrado.

Aunque careciese de recursos, él iba, y convencía al hombre más poderoso de entonces de que lo acompañara (en *El banquete* Juliano manifiesta su afecto hacia la figura de Alejandro, y en este caso se fía de Dión Crisóstomo para referir la presencia del rey macedonio). El santuario de Istmia queda, según el fragmento, como mera sede de los *agones* Ístmicos y no como un santuario dedicado a Poseidón (dios al que

apenas nombra en toda su producción literaria). Con las dos últimas frases argumenta el emperador «*no solo en sus palabras fue piadoso Diógenes, sino también en sus actos*» porque «*frecuentaba los santuarios de los dioses*»: parece que el peregrinaje únicamente a Olimpia, pues elude mencionar otro templos del mundo griego, es suficiente para demostrar la devoción de un creyente.

Que la razón sagrada de ir a Olimpia no sea por los *agones*, que se celebran en otros sitios, sino el culto a Zeus, queda refrendada poco

Al decir que Constancio II merece que sus triunfos militares sean cantados por Homero y por un heraldo olímpico, sitúa a estos dos al mismo nivel.

después en la misma obra cuando defiende que «*todas las ofrendas a los dioses, grandes o pequeñas, acompañadas de la santidad, tienen la misma fuerza; pero sin la santidad, no ya una hecatombe por los dioses, sino la quiliombe de Olimpia es un simple gesto y nada más*». Olimpia sin su componente sagrado no tendría valor, y un sacrificio o una competición agonística gozaban de enorme sacralidad porque se hacían para Zeus y para los dioses. Juliano insiste en que este santuario es un centro de enorme importancia religiosa, y por tanto es fácil deducir que debió de ser clave en su programa de restitución pagana.

Retomando la figura de Diógenes, el emperador vuelve a mencionar su asistencia a Olimpia, pero ahora con el objetivo de argumentar que una persona tan devota y piadosa como él debía necesariamente obedecer las leyes del Estado. Liga, por tanto, como ya hizo en *Sobre la realeza*, la condición de buen ciudadano con la de creyente al hacerse la siguiente pregunta retórica: «*cómo un hombre que a causa de los dioses había ido hasta Olimpia, que había obedecido al dios Pítico y filosofado como Sócrates no hubiera penetrado con gran alegría en los sagrados santuarios si no hubiera declinado someterse a las leyes y aparecer como esclavo de una república*».

Ahora no es el santuario del valle del Alfeo el único lugar de la religión griega que menciona, pues también cita a la Pitia de Delfos, además de alabar su capacidad filosófica.

La cultura griega en Olimpia

Olimpia, vista ya la enorme importancia religiosa que tenía para la cabeza del Imperio, también era para él sinónimo de la excepcional calidad artística de la cultura griega. Aunque sin olvidar del todo el significado religioso. Escoge las dos obras escultóricas más emblemáticas de uno de los mayores artistas del clasicismo ateniense («*y me ocurriría lo mismo que a aquel pobre ingenuo que, contemplando las obras de Fidias, intentaba darle explicaciones al propio Fidias de su Virgen de la Acrópolis y del Zeus de Pisa*»), Fidias, para presentarlas como símiles de algo maravilloso. Y otra vez vuelve a tener en mente a Olimpia, cuya estatua de oro y marfil del templo de Zeus aún se podía ver en el segundo tercio del siglo III d.C.

En el mismo tratado, pero un poco después, vuelve a relacionar el santuario consagrado a Zeus con una de las cumbres de la cultura griega, en este caso dentro de la literatura,

El ejercicio físico a través del cual los atletas se entrenaban en gimnasios y palestras presentes junto a los mismos templos, estaba revestido de sacralidad.

al enumerar los cantores griegos de gestas por antonomasia. Empieza con Homero y sigue con sofistas, los inspirados por las musas, y acaba citando a los heraldos olímpicos: «*nunca faltarán poetas que celebren las guerras y proclamen las victorias con resplandeciente voz, al estilo de los heraldos olímpicos*». Al decir que Constancio II merece que sus triunfos militares sean cantados por Homero y por un heraldo olímpico, sitúa a estos dos al mismo nivel, y a la vez vuelve a comparar a su primo con un vencedor de los *agones* de Olimpia (ya que un heraldo anunciaba a este).

Recién muerto Constancio II, Juliano expresó sus dudas al sofista Temistio sobre su inminente toma de las riendas del Imperio por si no estaría a la altura de ocupar la más alta magistratura del Estado y por si la divinidad lo privaría de fortuna en el gobierno. Empleó un símil con el que vuelve a recurrir a Olimpia para describir su situación, con la que debía contentar las enormes esperanzas que sus amistades y la élite pagana en general estaban depositando en el joven emperador. El cambio en que se ve inmerso, de filósofo “aficionado” a tener la autoridad para convertir en ley el neoplatonismo, lo concibe semejante a convertirse súbitamente en un atleta de élite:

«*De la misma manera que si a un hombre*

que, a duras penas y con esfuerzo a causa de su salud, practica ejercicios moderados en su casa le anunciases: 'Ahora has llegado a Olimpia y has cambiado la palestra de tu casa por el estadio de Zeus, en el que tendrás espectadores griegos venidos de todas partes y muy especialmente tus propios conciudadanos, en cuyo nombre tienes que competir, (...) lo derrumbarías inmediatamente y le harías temblar antes de la competición de igual modo, créetelo, a mí también me has colocado en una situación semejante con las palabras que has escrito».

Temistio había encomiado a Juliano, en una carta previa, a hacer prácticos sus conocimientos filosóficos aprovechando su nueva condición de emperador, y a nuestro protagonista esto le parece un reto inmenso comparado a ser un atleta que participa en los *agones* de Olimpia. Competir en «*el estadio de Zeus*» vuelve a equipararse al cargo de emperador, y que repita esto siendo lo segundo significa incidir en la muy alta estima que tenía hacia todo lo que acontecía dentro del santuario. Y, sin duda, las competiciones atléticas y las Olimpiadas eran de lo más célebre y conocido. El hecho de verse a sí mismo como un hombre que realiza ejercicios por una simple cuestión de salud hace pensar que lo escribió teniendo en mente los tratados de Galeno y Filóstrato.

Como conclusión, es conveniente recordar que para Juliano todo aquello que tuviera vinculación con lo sagrado y que fuera útil en su programa de revitalización del paganismo era ponderado en sus escritos con un cariz muy positivo. Y el atletismo, celebrado en santuarios como Olimpia, disfrutaba de esa predilección. Igualmente, el ejercicio físico a través del cual los atletas se entrenaban, en gimnasios y palestras presentes junto a los mismos templos, estaba revestido de sacralidad. Así lo manifestó cuando vuelve a tratar la figura de Diógenes, al que alaba utilizando la metáfora de un atleta que ejercita su cuerpo para poder alcanzar en un *agón* la corona sagrada: «*Con este ejercicio atlético este hombre tuvo un cuerpo tan varonil como nadie, a mi entender, de los que compiten por una corona, y dispuso su alma de tal forma que era feliz*».

Sólido de oro acuñado en Constantinopla que muestra al emperador Juliano en el anverso y a la Virtud del Ejército Romano en el reverso. Imagen recuperada de: wildwinds.com/coins/ric/julian_II

La odisea olímpica

Durante muchos siglos, la práctica del deporte estuvo vinculada a diversos juegos que se celebraban periódicamente con un carácter sagrado. Esto hacía que las competiciones se revistieran de ciertas virtudes que otorgaban un valor añadido, tanto a los juegos en sí como a los participantes. Los valores olímpicos, presentes en los juegos más famosos de la Antigüedad, también pueden ser rescatados para nuestro tiempo.

Francisco I. Buendía

Phil Cousineau, en su maravilloso libro *La odisea olímpica,* nos muestra el transcurrir de los Juegos Olímpicos desde sus orígenes, en la antigua Grecia, hasta la era moderna. Nos habla de dioses, mitología, atletas, entrenadores, de la interacción entre los hechos y la psicología de sus personajes. Es un viaje que pretende reavivar el auténtico espíritu de los Juegos, aquel que imperó durante tantos siglos y que era capaz de parar las guerras durante su celebración.

«En lugar de vivir en una cultura que anime a los atletas a encontrarse con filósofos, a artistas con políticos y a soldados con poetas, vivimos en una sociedad donde los curas desdeñan el cuerpo, los atletas rechazan a los pensadores y todo el mundo recela de los poetas». De esta manera define Phil Cousineau el gran problema educativo que sufre la sociedad actual; algo impensable para él, educado como estaba sobre la base de las enseñanzas de los clásicos griegos. Esta infame separación entre mente, cuerpo y alma provoca que la persona crezca con carencias y sin equilibrio.

«En lugar de vivir en una cultura que anime a los atletas a encontrarse con filósofos, a artistas con políticos y a soldados con poetas, vivimos en una sociedad donde los curas desdeñan el cuerpo, los atletas rechazan a los pensadores y todo el mundo recela de los poetas».

En un sistema educativo cada vez más especializado, los profesores nos enseñan las grandes ideas de la historia, defienden el fuego de la mente, dejando para curas y teólogos el fuego del alma; pero se olvidan totalmente de un fuego igual de noble, que existe en el corazón y el cuerpo. Este fuego se reaviva con la práctica del deporte, donde entrenadores y compañeros nos muestran cómo poner en movimiento esas ideas, nos enseñan a desarrollar el hábito del trabajo intenso, a pelear contra las adversidades, a creer en uno mismo, a tratar con el adversario, a superarnos, a luchar formando parte de un equipo.

Platón, en las *Leyes,* se pregunta: «Entonces ¿cuál es la forma correcta de vivir?», y él mismo responde: «La vida se debe vivir al igual que se juega, jugando a ciertos juegos, haciendo sacrificios, cantando y bailando; después un hombre hará las paces con los dioses y se defenderá de sus enemigos y vencerá en la competición». Es la dimensión espiritual del deporte y, a través de él, podemos alcanzar el propósito de ser libres, de estar completos, de comprender el mundo por medio del sobrecogimiento y el asombro, porque el juego es noble, enérgico y virtuoso.

Si importante es el deporte a nivel del desarrollo de la persona, para la humanidad lo es la celebración de los Juegos Olímpicos, pues recordemos que estos fueron inspirados por los

dioses para ayudar a los seres humanos a desprenderse de sus instintos más violentos; de hecho, durante su celebración, en la antigua Grecia, las guerras quedaban suspendidas, se proclamaba la Tregua Olímpica.

El acto ceremonial de pasar la antorcha, símbolo de iluminación y purificación, encarna el ideal de hermandad internacional que debería imperar en nuestro mundo, la confraternización de las naciones.

Los Juegos rescatados por un visionario

Pierre de Coubertin estaba convencido de que la restauración de los Juegos Olímpicos, tras siglos de ostracismo, ayudaría a desarrollar mejores individuos, lo que llevaría a un mundo mejor y, por tanto, a la paz; quería demostrar que la humanidad podía ser pacíficamente competitiva. No se quiso limitar a eventos atléticos; por eso, hasta 1948, se realizaron competiciones de pintura, escultura, música, literatura y arquitectura que fundaran su inspiración en el deporte. Estas competiciones paralelas se transformaron en exposiciones y, fundamentalmente, en ceremonias que nos descubren la dimensión sagrada que a menudo está escondida, nos señalan lo que es divino en el mundo.

El acto ceremonial de pasar la antorcha, símbolo de iluminación y purificación, encarna el ideal de hermandad internacional que debería imperar en nuestro mundo, la confraternización de las naciones. Esta hermandad también queda reflejada en el desfile de clausura, cuando los atletas marchan mezclados en una amalgama de colores, razas y nacionalidades, logrando que el espíritu y la armonía de los Juegos permanezcan en ellos el resto de sus vidas.

Nuestra es la elección: jugar limpio o tomar injusta ventaja, tener espíritu deportivo o mezquino, hacerlo lo mejor que uno puede o ser negligente, estar orgulloso de participar o amargado de no ganar.

Muchos son los ejemplos de superación, valor, deportividad, espíritu olímpico, etc., que podemos encontrar en la historia de los Juegos; como la gimnasta norteamericana Kerri Strug que, tras haberse torcido el tobillo, realizó su último salto para que su equipo consiguiera la medalla de oro, a costa de sufrir una lesión que le obligó a subir al podio en brazos de su entrenador. O los japoneses Shuhei Nishida y Sueo Oe, ganadores, respectivamente, de la medalla de plata y bronce en salto con pértiga, que decidieron que un joyero cortara las medallas por la mitad y las mezclara, al entender que ambos habían acabado empatados. También es digno de mención el tanzano Akhwari, que llegó último de la maratón tambaleándose, ensangrentado y fuertemente vendado que, ante la pregunta «¿Por qué resistir tanto?», dijo: «Mi país no me envió para comenzar una carrera, sino para acabarla».

Grandes hazañas, grandes ejemplos

Pero, posiblemente, el acontecimiento más destacado, no por el hecho en sí, sino por la situación política del momento, ocurrió en los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. En un ambiente de exaltación de supremacía de la raza aria, Jesse Owens, atleta afroamericano, se disponía a realizar su tercer y último salto de clasificación tras haber realizado los dos anteriores nulos; en plena desesperación por la tensión del momento, se le acercó su máximo rival, el alemán Luz Long, y le dijo que lo único que debería hacer era retrasar la marca unos centímetros, él mismo la puso con su toalla. Owens acabó siendo el ganador, relegando a Long a la segunda posición, y comentó: «Visto desde una perspectiva más importante él fue el ganador. Él dio lo mejor que tenía, y sin él yo nunca podría haber dado lo mejor de mí. Luz verdaderamente mostró el espíritu de las Olimpiadas».

Numerosos son los deportistas que han competido en los Juegos Olímpicos y nunca han logrado alcanzar una medalla, pero, aun así, se consideran afortunados por el mero hecho de haber formado parte de los Juegos. Muchos menos son los que han conseguido ganar el oro, y para todos ellos ha supuesto un hito especial, incluso para los que ya estaban consagrados, como Magic Johnson, una leyenda del baloncesto,

que dijo: «He ganado todos los campeonatos que hay que ganar. Puedes juntarlos todos, y aun así nunca se podrán comparar con esto». No obstante, en la sociedad actual, habría que reconsiderar el valor del oro, desestimar la idea de que si no hay oro no hay gloria, eliminar el concepto de vencer a cualquier precio.

El Credo Olímpico nos dice: «Lo más importante de los Juegos Olímpicos no es ganar sino participar; lo más importante en la vida no es el triunfo sino la lucha». Ganar no es necesariamente una victoria. El verdadero espíritu de los deportes es el fuego en nuestros corazones; si ese fuego se extingue, nadie gana. Nuestra es la elección: jugar limpio o tomar injusta ventaja, tener espíritu deportivo o mezquino, hacerlo lo mejor que uno puede o ser negligente, estar orgulloso de participar o amargado de no ganar. Tenemos que recordar que *citius, altius, fortius* no significa el más rápido, el más alto y el más fuerte, no nos compara con los demás, nos compara con nosotros mismos, nos encamina al deseo de mejorar para ser uno mismo más rápido, más alto, más fuerte.

El entrenador filósofo debe hacer atletas merecedores de ganar, pero ganar en un sentido más profundo; no el que supera a los demás, sino el que lucha y lo hace bien.

Buscando la excelencia

En una cultura adicta a la droga del éxito, cualquier cosa que no sea la victoria completa se convierte en una infamia y falta de valor. Hay que transformar este concepto e inculcar a los atletas cómo apreciar el ganar por lo que es: cualquier forma de respuesta positiva a sus grandes esfuerzos. Esta es una de las mayores tareas de los entrenadores filósofos, que son aquellos que sobresalen por preocuparse por la excelencia de otros y son amantes de la sabiduría de la vida deportiva. Se convierten en profesores, mentores y guías para el alma, enseñando a ser leales, disciplinados, a superar las adversidades, a llevar una vida saludable, a trabajar en equipo y a respetar al rival. Deben saber cuándo hacer hincapié en ganar, cuándo quitarle importancia y, sobre todo, a disfrutar con la competición, tal y como reza el juramento del antiguo entrenador olímpico: «Jugar el juego es grande, ganar el juego es más grande, amar el juego es lo más grande».

Transmitir el espíritu de los antiguos Juegos y el alma de los Juegos modernos a las siguientes generaciones es ahora nuestra esperanza; pasar la antorcha de nuestra pasión por una vida de excelencia es ahora nuestra tarea.

El entrenador filósofo debe hacer atletas merecedores de ganar, pero ganar en un sentido más profundo; no el que supera a los demás, sino el que lucha y lo hace bien. Para la buena salud de los Juegos hay que hablar menos de dinero y tener menos obsesión por las celebridades; es preciso sacar lo mejor de cada uno, mostrar más interés por la deportividad y la excelencia. La actuación excelente es el esfuerzo que trae consigo la plena satisfacción, porque se ha superado en el momento de la verdad a base de esfuerzo y coraje. El famoso ensayista y humanista Walt Whitman dijo: «Ninguna victoria es grande cuando lo es a costa del sacrificio de los ideales; y no hay derrota desgraciada cuando uno hace todo lo que puede y sigue el destello del idealismo».

Los Juegos Olímpicos suponen un acontecimiento digno de nuestro respeto, por todo lo que aportan de positivo a nuestra sociedad, pero seguramente no están exentos de ciertas mejoras que ayuden a reavivar su espíritu, tales como resucitar la dimensión sagrada enfatizando en el ritual, la ceremonia y el relato de leyendas; restaurar el antiguo énfasis en la belleza y la filosofía; retornar a la antigua tradición de la competición en las artes; renovar la atención que los antiguos griegos daban al ideal de la mente, cuerpo y espíritu; valorar a los entrenadores filósofos; constituir un Premio al Espíritu Olímpico; reavivar la antigua tradición de la Tregua Olímpica, etc.

Acabaré este artículo como lo empecé, con una cita de Phil Cousineau, con la que quiere reivindicar los Juegos Olímpicos para que perduren en la historia: «Los Juegos nos enseñan que la vida puede ser un festival, que las competiciones pueden alegrar a una comunidad entera, que el deseo de sobresalir nos convierte a todos en ganadores, y que jugar al significado de la vida es algo noble. Transmitir el espíritu de los antiguos Juegos y el alma de los Juegos modernos a las siguientes generaciones es ahora nuestra esperanza; pasar la antorcha de nuestra pasión por una vida de excelencia es ahora nuestra tarea».

¿Qué nos enseñan los Juegos Olímpicos?

Este mes de agosto celebraremos una nueva edición de unos Juegos Olímpicos, los de Río de Janeiro 2016. Oficialmente serán conocidos como los Juegos de la XXXI Olimpiada. El espectador puede advertir que no se trata de meros campeonatos mundiales donde participan los atletas más sobresalientes del panorama internacional. Es mucho más.

José Luis Jorquera García
Centro de Estudios Olímpicos
UCAM Universidad Católica de Murcia

Es un evento multicultural, cuyo mensaje trasciende lo puramente deportivo y llega a miles de millones de personas, a través de una serie de símbolos, pero sobre todo, a través de la incesante lucha del ser humano por mejorarse a sí mismo y la convivencia pacífica entre representantes de cientos de países que propicia este evento cada cuatro años. Definitivamente, se trata de una mediática escuela de valores a gran escala, que difícilmente podríamos encontrar en otros acontecimientos sociales.

Cuando hace más de cien años, el pedagogo francés Pierre de Coubertin impulsó el restablecimiento de los Juegos Olímpicos modernos, tenía claro que el deporte debía ser la correa transmisora para los fines educativos globales que pretendía. Así explicaba Coubertin en *Mémoires Olympiques* las razones que le llevaron a luchar por la recuperación de los Juegos y la creación del olimpismo:

«¿Por qué he restablecido los Juegos Olímpicos? Para ennoblecer y fortificar los deportes, para asegurar su independencia y su continuidad; para que puedan cumplir la misión que les corresponde en el mundo moderno. Para la exaltación del atleta individual, cuya existencia es necesaria para la actividad muscular de la colectividad, ya que es preciso mantener la emulación general».

El gran mérito de Coubertin fue revestir al deporte de una carga ideológica de valores moralizantes (juego limpio, búsqueda de la excelencia, la alegría en el esfuerzo y equilibrio entre cuerpo, mente y voluntad).

El gran mérito de Coubertin fue revestir al deporte de toda una carga ideológica de valores moralizantes (juego limpio, búsqueda de la excelencia, la alegría en el esfuerzo y equilibrio entre cuerpo, mente y voluntad) y que caracterizó desde entonces la manera idealizada que la sociedad tiene de practicar y entender el deporte. La restauración de los Juegos Olímpicos supuso el escaparate perfecto para la transmisión de estos valores asociados a la práctica deportiva y, a partir de ahí, para su extrapolación a otras facetas de la vida, contribuyendo a la construcción de un mundo mejor.

Veamos a continuación en qué forma los Juegos Olímpicos constituyen una auténtica escuela de valores.

1) Encuentro pacifista

La búsqueda de la paz ha sido una finalidad permanente en la cronología histórica de los Juegos Olímpicos. Este internacionalismo, basado en el conocimiento y comprensión mutua de todos los países del mundo, fue uno de los pilares básicos de la restauración de los modernos Juegos.

Así, estos constituyen un esbozo del modelo ideal de sociedad que se quiere proyectar fuera del terreno de juego: el sometimiento a unas reglas que igualan las oportunidades de los

participantes, el sentimiento de unidad en la multiculturalidad y el ambiente pacifista.

Entre los símbolos olímpicos más reconocibles en el ideario colectivo figura la llama olímpica. El paso de la antorcha se ha convertido en un acto que congrega a miles de personas que participan, junto a los portadores, de esta llamada a la amistad, al ambiente festivo y a un clima pacifista. La imagen del paso de la antorcha entre los relevistas de cada edición olímpica constituye un gesto de enorme trascendencia simbólica y pedagógica, donde jóvenes y adultos comparten algo más que una llama: es la perdurabilidad de la historia, la nobleza moral y el mensaje pacificador del olimpismo.

La imagen del paso de la antorcha entre los relevistas de cada edición olímpica constituye un gesto de enorme trascendencia simbólica y pedagógica, donde jóvenes y adultos comparten algo más que una llama.

2) La mejor versión de uno mismo

El atleta se convierte en modelo de conducta, que ejemplifica una serie de valores relacionados con la resistencia a la adversidad, el respeto al reglamento y a los adversarios y la perseverante lucha por la perfección, por mostrar la mejor versión de sí mismo en la contienda deportiva.

Desde luego, la historia olímpica reciente nos ha dejado testimonios de superación personal capaces de inspirar a las nuevas generaciones, como la corredora Wilma Rudolph, tricampeona olímpica en Roma 1960, que padeció una grave infección en una pierna (poliomielitis) cuando era niña, y fue precisamente el deporte lo que motivó su recuperación. Más cercano nos parece el caso del nadador Michael Phelps, el deportista olímpico más condecorado de todos los tiempos, con 22 medallas. A la edad de siete años fue diagnosticado con trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH) y fue este el principal motivo por el que empezó a practicar la natación.

También debemos destacar las inspiradoras trayectorias de algunos deportistas que nunca consiguieron medallas. En los Juegos de Barcelona 1992, el atleta favorito para hacerse con el oro en la prueba de 400 metros lisos, Derek Redmond, tuvo una grave lesión durante las semifinales. Pese a ello, con una férrea voluntad, el atleta inglés se levantó del suelo y decidió terminar la carrera; y lo hizo cojeando, ayudado por su padre en los últimos metros y entre gritos de dolor. Esta lesión le obligó a dejar para siempre el atletismo, pero poco después se convirtió en un importante escritor y conferenciante sobre la autodisciplina, la motivación, la capacidad de sufrimiento y la superación personal.

Las competiciones físicas plantean una esquematización del comportamiento ejemplar y actitud ante la vida: esforzarse por obtener la mejor versión de uno mismo, lograr un perfecto equilibrio entre las cualidades físicas y espirituales o incentivar la cultura de la perseverancia y la sensatez.

Más reciente, si cabe, es la historia del fondista estadounidense Louis Zamperini (inmortalizada por el filme de 2014 *Unbroken*, dirigida por Angelina Jolie), quien compitió en la prueba de los 5000 metros de atletismo en los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936. No consiguió ningún triunfo, de hecho acabó en octavo puesto; sin embargo, hizo algo imposible hasta la fecha: recorrer la última vuelta de la prueba en tan solo 56 segundos. Tras la II Guerra Mundial, donde fue hecho prisionero y resistió estoicamente al hambre y a las vejaciones en un campo militar japonés, se dedicó a dar charlas sobre motivación en universidades e instituciones educativas y deportivas.

Las competiciones físicas plantean una esquematización del comportamiento ejemplar y actitud ante la vida que se espera del hombre: esforzarse por obtener la mejor versión de uno mismo, lograr un perfecto equilibrio entre las cualidades físicas y espirituales o incentivar la cultura de la perseverancia y la sensatez. El poeta griego Píndaro escribía que «diversas son las artes de cada uno, mas es preciso luchar con lo mejor de uno mismo» (*Nemea* I, 25-26). En el mismo sentido, habla en nuestros días el tenista Rafael Nadal: «Lo básico es creer en ti, intentar dar lo mejor de uno mismo cada día». Estas dos citas distan una de la otra cerca de dos mil quinientos años; sin embargo, describen un mismo fenómeno: la competición atlética; y además, la revisten de intención pedagógica, identificándola con una serie de ideales a los que debe aspirar el hombre fuera del terreno puramente deportivo.

Pierre de Coubertin: un famoso desconocido

Pierre de Coubertin hizo de su vida una aventura apasionante. En un mundo donde la humanidad utilizaba su energía en enfrentamientos entre pueblos y muchos individuos vivían vidas grises, volvió la vista a la antigua Grecia, y encontró un ideal que sirvió para entusiasmar a todas las naciones y que volvió a recrear la alegría y la fraternidad en el juego limpio. Su legado ha traspasado el tercer milenio, pero tal vez es un buen momento para comprobar si nos hemos olvidado de algunos aspectos de este ideal.

Francisco Iglesias Buendía
Coordinador Internacional de la Escuela del Deporte: Gimnasia para el Cuerpo y la Mente

Resulta extremadamente difícil poder resumir en un artículo la vida y obra de un hombre que entregó su vida a un ideal pedagógico. Para ello, nadie mejor que el que yo considero su legítimo sucesor, D. Conrado Durántez, para resumir esa vida tan apasionante:

Pierre de Fredy, Barón de Coubertin, nació en París el 1 de enero de 1863, dentro del seno de una familia acomodada y de ascendencia italiana, cuyos antepasados se remontan a un primer Fredy conocido que sirvió al rey francés Luis XI, quien le otorgó un título nobiliario en 1471. Uno de los Fredy adquirirá en 1567 el señorío de Coubertin, cerca de París, adoptando el nombre que con posterioridad conservará la familia.

Pierre de Coubertin estudiará en París, en la Escuela Primaria, y ulteriormente se graduará en la Universidad de Ciencias Políticas. Vivirá en el castillo de Mirville, en Normandía, propiedad de su familia, y en París, en la calle Oudinot número 20, la casa en donde nació y que será inicialmente el centro operativo del COI.

El deporte será el vehículo más directo de comprensión y pacificación de los pueblos, al constituir una escuela de nobleza y pureza moral, a la vez que medio de fortalecimiento y energía física.

Desengañado de la política y los políticos, desechando también una fácil carrera militar muy propia para su rango y condición, después de profundas cavilaciones, decidió dedicarse íntegramente a la ardua tarea de la reforma educativa en su país, impulsado a ello ante las reveladoras experiencias personales obtenidas en viaje de capacitación y estudio llevado a cabo en Inglaterra y América del Norte.

La educación, la enseñanza y la pedagogía son en estos momentos de su vida poderosos motores de una febril actividad, desarrollada de forma incansable e ilusionada en prodigiosa proyección histórica de un visionario genial. He decidido –decía– cambiar bruscamente mi carrera en el deseo de unir mi nombre al de una gran reforma pedagógica… ya que lo más importante en la vida de los pueblos modernos es la educación... educación que ha de ser el prefacio de la vida... y lo que así expreso, es el resultado de las observaciones adquiridas en las distintas etapas de mis viajes por los Estados de Europa y América del Norte, en donde he podido constatar la existencia de grandes corrientes de reforma pedagógica, independientes de los sistemas gubernamentales e incluso superiores a las mismas tradiciones nacionales.

El poderoso motor que impulsa su vocacional ideario pedagógico ha de llevarle de

manera insoslayable a la moderna concepción del olimpismo, en un tránsito en donde únicamente sus excepcionales condiciones personales de plasmar en inmediatas realidades la genial concepción de grandes ideas, hizo posible tan aventurada empresa. El deporte será pues no solo el medio más cómodo, rápido y eficaz para la formación del individuo, sino también el vehículo más directo de comunicación, comprensión y pacificación de los pueblos, al constituir a su entender una escuela de nobleza y pureza moral, a la vez que medio de fortalecimiento y energía física.

Hacia la restauración de los Juegos

El 25 de noviembre de 1892, en una conferencia que pronunció en el claustro de la parisina Sorbona sobre los ejercicios físicos en el mundo moderno, anunció el proyecto de restablecimiento de los Juegos Olímpicos, que fracasó ante la general incomprensión, pese al júbilo que despertó la idea.

Dos años más tarde y en el mismo recinto universitario, es aceptado el proyecto por unanimidad, creándose el Comité Olímpico Internacional y designándose como primera sede de los Juegos Olímpicos modernos a Atenas, en donde estos tienen lugar en 1896.

Dos consecuencias se extraen de tan histórico momento. Acababa de nacer la fuerza sociológica más importante del siglo XXI y su nacimiento se había producido al amparo, cobijo y talante intelectual de un prestigioso recinto universitario.

Usando los limitados medios de la época, dirigió y atendió personalmente el olimpismo, recibiendo y escribiendo a mano la abundante correspondencia olímpica en progresivo aumento.

La misión pacificadora de los Juegos es pauta de especial atención prioritaria para Coubertin, quien manifestaba a finales del año de su restauración: «Es preciso –decía– que cada cuatro años los Juegos Olímpicos restaurados den a la juventud universal la ocasión de un reencuentro dichoso y fraternal, con el cual se disipará poco a poco esta ignorancia en que viven los pueblos unos respecto a los otros, ignorancia que mantiene los odios, acumula los malentendidos y precipita los acontecimientos en el destino bárbaro de una lucha sin cuartel».

Coubertin será el alma motora, ideólogo, ejecutor y proyectista de la gran aventura olímpica moderna, a la que estuvo estrechamente vinculado y llevó personalmente desde sus inicios, desempeñando el cargo de presidente del COI entre 1896 y 1925.

Usando los limitados medios de la comunicación de la época, dirigió y atendió personalmente el olimpismo restaurado, recibiendo y escribiendo a mano la abundante correspondencia olímpica en progresivo aumento, en titánica tarea personal a la que dedicó todos los momentos de su vida y también la totalidad de su saneada y considerable fortuna, soportando por ello una aguda y difícil situación económica al final de su vida.

La incomprensión de un sector de sus paisanos sobre el sentido de su obra y las tensiones políticas del momento motivaron el traslado y ubicación del COI a la ciudad suiza de Lausana, adonde llevó también los archivos del mismo, en virtud de acuerdo firmado en el Ayuntamiento de la ciudad el 10 de abril de 1915, viviendo en este país hasta su muerte, ocurrida de forma repentina el 2 de septiembre de 1937, cuando, meditante, paseaba por el parque de la Grange en Ginebra.

«El deporte moderno tiene algo más y algo menos que el antiguo. Le aventaja en sus instrumentos, pero carece de la base filosófica, de lo elevado de sus objetivos».

En su testamento dejó establecido que su cuerpo fuera enterrado en Suiza, nación que le dio cobijo, comprensión y abrigo, a él y a su obra, y que su corazón fuera llevado al mítico santuario de Olimpia, el motor espiritual de su ilusionado y fecundo quehacer olímpico. Allí reposa depositado en una estela de mármol desde el mes de marzo de 1938.

Coubertin dejó en marcha una gigantesca obra viva y cambiante (el olimpismo y los Juegos Olímpicos) y una prodigiosa fuente de conocimiento e investigación integrada por sus múltiples artículos, libros, obras, conferencias, etc., que sobrepasa las catorce mil páginas impresas, genéricamente distribuidas en treinta libros, cincuenta folletos y más de mil doscientos artículos sobre las materias más diversas.

Seleccion de textos extraídos del ideario olímpico de P. de Coubertin: discursos y ensayos

«Ojalá el gimnasio griego restaurado pueda abrir a las nuevas generaciones el camino a un civismo puro e inteligente, a una cooperación alegre y fraternal».

«¡El gimnasio griego! La menos conocida, la menos estudiada, y tal vez, la más fecunda de todas las instituciones de la Antigüedad... El atleta apareció colaborando con el filósofo y el artista en la gloria de la patria...».

«Los cinco elementos constitutivos del deporte: voluntad, continuidad, intensidad, perfeccionamiento y riesgo eventual. Así se une al mismo tiempo con la filosofía estoica, hacia la que puede conducir a sus practicantes...».

«¡Cuántos nadadores esforzados en el agua se desaniman por los vaivenes del océano humano! ¡Cuántos esgrimistas no saben aplicar a los combates de la vida la oportunidad y la clarividencia de que hacen gala en la sala de armas!... La tarea del entrenador/educador consiste en transportar la esencia de un deporte a todos los actos de la vida de una persona...!».

Conferencia *Lo que podemos pedir ahora al deporte*. Pronunciada en la Asociación de Helenos Liberales de Lausana el 24 de febrero de 1918.

«El deporte moderno tiene algo más y algo menos que el antiguo. Le aventaja en sus instrumentos, pero carece de la base filosófica, de lo elevado de sus objetivos, de todo aquel aparato patriótico y religioso que rodeaba las fiestas de la juventud, los Juegos...».

«El olimpismo derriba los tabiques, reclama aire y luz para todos. Preconiza una educación deportiva accesible a todos, ornada de espíritu caballeresco, mezclada con manifestaciones estéticas y literarias que sirvan de de hogar a la vida cívica».

«El deshonor no consistirá en ser vencidos, sino en no luchar».

«La educación basada en música y gimnasia, hizo que la ciencia de vivir en armonía varias generaciones alcanzase su punto culminante: se sabía vivir sin miedo y morir sin pena por una ciudad inmutable...».

Conferencia *El atletismo en el mundo moderno y los Juegos Olímpicos*. Pronunciada en la Sociedad del Parnaso de Atenas en 1894.

«Unos ven en el ejercicio físico la preparación para defender a la patria; otros, la búsqueda de la belleza física y la salud; otros, por fin, esa sana embriaguez a la que se ha llamado alegría de vivir».

Discurso en el Congreso de París en 1894.

«El olimpismo derriba los tabiques, reclama aire y luz para todos. Preconiza una educación deportiva generalizada, accesible a todos, ornada de valentía viril y de espíritu caballeresco, mezclada con manifestaciones estéticas y literarias que sirvan de motor a la vida nacional, y de hogar a la vida cívica».

Cartas olímpicas. 26 de octubre de 1918.

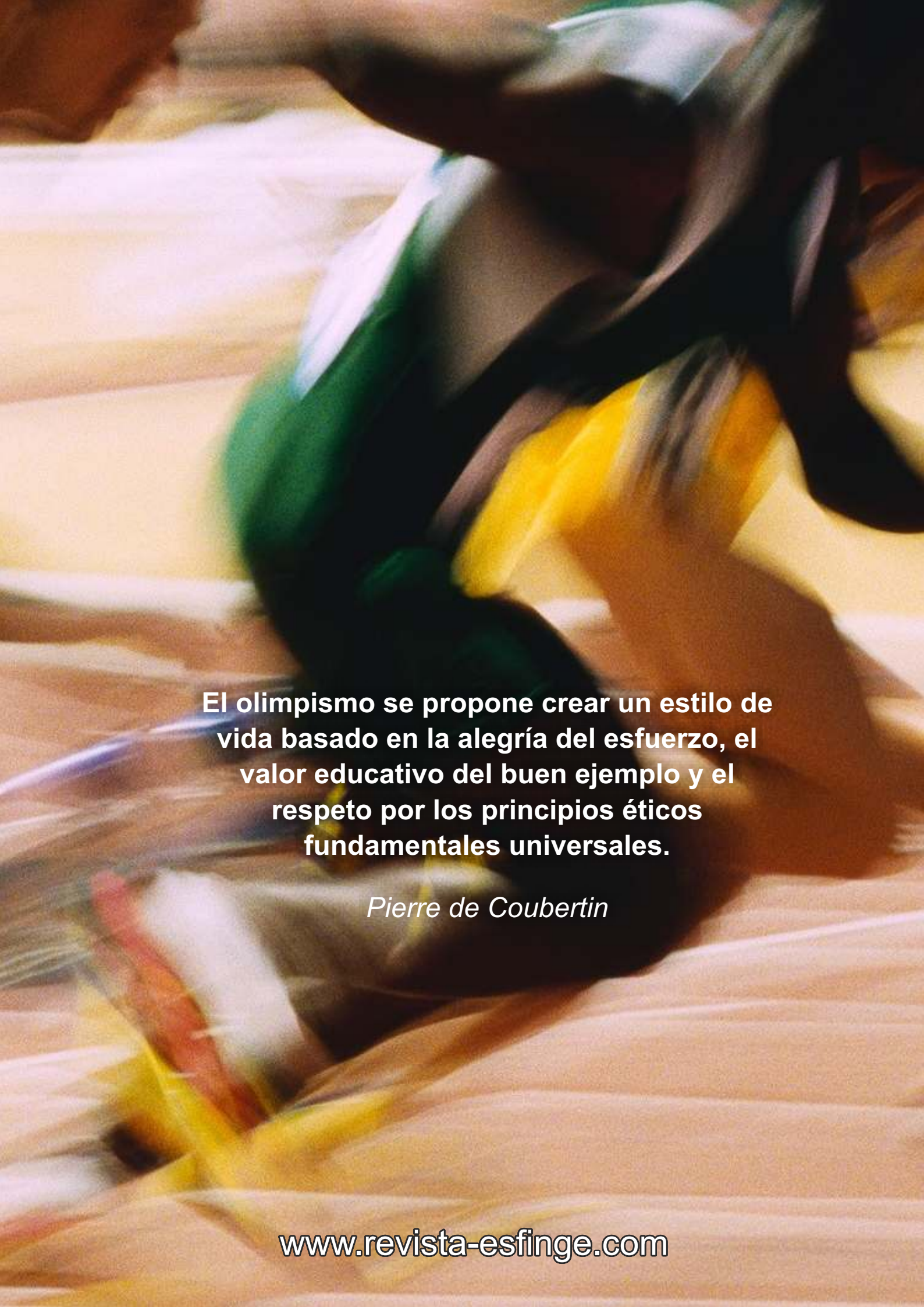
«Si alguien me pidiera la receta para "olimpizarse" le diría: la primera condición es estar alegre, y sin duda se sorprendería... Para vivir la alegría completa hace falta otro elemento, el altruismo. ¡Alégrate con la humanidad que renace sin cesar! ¡Ten fe en ella, dedícale tus esfuerzos, confunde tus esperanzas con las suyas! La alegría egoísta no es más que un sol intermitente, la alegría altruista es un perpetuo amanecer».

Cartas olímpicas. 11de diciembre de 1918.

¡No te lo pierdas!

Del Viernes 5 al Domingo 21

2016 Agosto



El olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor educativo del buen ejemplo y el respeto por los principios éticos fundamentales universales.

Pierre de Coubertin